

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

SERMON

para la 2.^a Dominica de Adviento.

—
Joannes autem cum
audisset in vinculis,
opera Christi.

MATTH XI, 2.

Y como Juan estan-
do en la cárcel, oyese
las obras de Cristo...

El Evangelío de este dia reflé-
re, que, como Juan que estaba
en la cárcel oyese las obras de
Cristo, envió dos de sus discipu-
los y le dijo: ¿Eres tú el que ha de
venir, ó esperamos otro? Y res-
pondiendo Jesús les dijo: Id y
contad á Juan lo que habeis visto
y oido. Los ciegos ven, los cojos
andan, los leprosos son limpia-
dos, los sordos oyen, los muertos
resucitan, y á los pobres les es
anunciado el Evangelío. Y bien-
aventurado el que no fuere es-
candalizado en mí.

Nada mas dice el Evangelío, y

con decir tan pocas palabras, aun
componiéndose de tan lacónicas
frases, contiene tantos y tan im-
portantes asuntos, se presta á tan
útiles y trascendentales reflexio-
nes que viene á ser como una ri-
quísima mina de donde pueden
extraerse los mas preciosos me-
tales. Una cosa, entre tanto, ha
llamado especialmente mi aten-
cion, y ella ha de ser la materia
principal de este discurso. Me re-
fiero, á las funestas concecuen-
cias, á los horribles estragos
que causa en el mundo el pecado
de la lujuria, toda vez que el
Evangelío de este dia nos pre-
senta al insigne Precursor carga-
do de cadenas y en visperas de
entregar al cuchillo su cabeza que
ha de ser obsequio tributado por
un tirano voluptuoso á una pros-
tituta bailarina. Necesidad hay
por cierto, de que los ministros

de Dios clamen sin cesar, no con voz de Apóstol, sino con voz de trueno y de tempestad, contra este pecado abominable, contra este vicio desastroso cuyos horribles estragos contristan el ánimo y hacen saltar las lágrimas á la pupila de nuestros ojos. La lujuria es el mónstruo que recorre hoy á su libertad el mundo, devorando las costumbres, y arrancando hasta los gérmenes de todas las virtudes.

Cristianos que me escuchais, vosotros especialmente los que dormis tranquilos el sueño funesto de la culpa, los que vivis amarrados á esa cadena cuyo primero y último eslabon están en los infernos. *Hora est jam de somno surgere*; despertad, arriba, levantáos. Voy á clamar enérgicamente contra ese pecado que la lengua de todos los pueblos califica de vergonzoso é infame; voy á procurar que le mireis con horror, y os abstengais de cometerle, haciéndoos ver *las funestas consecuencias del pecado de la lujuria*.

Quisiera yo tener en este momento la energía de San Pablo, la dulzura de San Ambrosio y la elocuencia del Crisóstomo para lograr cumplidamente el alto fin que me he propuesto. Pero aquel Señor infinitamente sábio y bon-

dadoso que purificó los lábios del profeta Isaías y hace elocuentes las lenguas de los parvulillos, pondrá en la mia palabras de salud, y hará pasar á mi corazon un rayo de su divina gracia para que pueda hablaros con acierto sobre un asunto tan grave y delicado como el propuesto á vuestra piadosa atencion. Pidámoslo así por la intercesion de la siempre immaculada, siempre pura, purísima Virgen, Virgen y Madre, María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, saludándola reverentes con las palabras del Angel.

Ave María.

Joannes autem etc.

Os he prometido una descripcion viva y axacta de las consecuencias de la lascivia, y debo confesar que no podré cumplir enteramente mi promesa, porque ni dispongo del tiempo necesario, ni tengo valor, ni me siento con fuerzas para tratar debidamente un asunto en que el temor ata la lengua; asunto repugnante porque es preciso tocar liagas asquerosas y descubrir misterios horribles; asunto, finalmente que aflige y desconsuela porque hay que referir los males profundos, las tristes ruinas, los horribles estragos que están causando en la sociedad cristiana

los malditos placeres de la carne.

No me digais que vengo mal humorado, ó que miro las cosas á través de un prisma pesimista porque ahí están los hechos, hablando al corazón con desgarradora elocuencia.

Abarcad, si podeis con vuestra mirada esta época de materia y positivismo; examinad el estado de nuestras costumbres, y os estremecereis de vuestros descubrimientos: ruinas, desolacion, estragos; estragos en el orden físico, estragos en el orden intelectual, estragos en el orden religioso, estragos en el orden moral, estragos en el orden social, estragos en las almas y en los cuerpos, en el hombre y en la familia, en la Iglesia y en la sociedad. ¿Quién entre vosotros, aunque no haya fijado su mirada sino en la superficie de esta nueva sociedad, habrá dejado de contemplar ese espectáculo tan desconsolador? Y ¿quién sino la lujuria ha llevado la perturbacion á todas las esferas de la vida? ¿Quién ha sido sino esa pasion desoladora, la que ha amontonado tantas ruinas y producido tan horribles estragos? «Verdadero siniestro que pasa en el mundo de las almas, semejante á esos huracanes devastadores que atraviesan el mundo de los cuerpos,

¿veis desde aquí esa manga tempestuosa que da vueltas arremolinándose sobre si misma? ¿La veis venir, levantando en los caminos una polvareda que nubla el sol y arrastrando en su carrera todos los elementos de destruccion que encierra en su seno? ¿La veis arrancando de raíz los árboles, tronchando los robustos olivos, destruyendo las viñas, arruinando los edificios, matando hombres y animales, y dejando en pos de sí, á una con un rastro de ruinas, devastados los campos y consternadas las poblaciones?» Tal, ó poco menos se me presentan en conjunto los efectos destructores de la lujuria. Analicemos.

Causa la lujuria daños al pecador en el cuerpo y en el alma, siendo imponderables los bienes de que le priva y los males que le causa. Es indudable, hermanos míos, que los excesos de la carne enervan las fuerzas del cuerpo, envenenan la sangre, destruyen la salud, engendran mil enfermedades tan repugnantes en si mismas como funestas en sus resultados y «la universal esperiencia demuestra palpablemente que así como la virginidad de las almas es uno de los mas fecundos principios de la hermosura y energia de los cuerpos, los deleites sen-

suales, por el contrario, casi siempre son para los que á ellos se entregan, vestidura de fuego y envenenada túnica que consume y decora hasta á los Hercules.» (1) Hombre sensual y voluptuoso, ¿serás tan enemigo de ti mismo que conspiras contra tu misma existencia? Corriendo como bruto desbocado por los prados de la lujuria, ¿no adviertes que vas dejando entre los dientes de esa víbora los fragmentos de tu ser, de tu salud, de tus esfuerzos? ¿Qué extraña locura se ha apoderado de tí para que te conviertas en asesino de tu vida propia?

Rasga esa venda fatal que cubre tus ojos; fija la vista una vez siquiera en ese abismo que amenaza tragarte, y resuélvete á sacudir para siempre el yugo ignominioso de esa infame pasión, porque si la lujuria corroe las fibras más delicadas de tu ser, si la lujuria envenena tu vida y causa en tu cuerpo extragos horribles, no los causa menores en la vida del alma. Obra de Dios hecha á su imagen y semejanza, representante en este mundo de sus visibles maravillas, Rey de la creación, ser privilegiado entre todas las, anillo misterioso en la cadena de los seres, trasunto de los

divinos atributos, objeto predilecto del Altísimo, criado para los más grandes destinos y las más altas recompensas, hé aquí el hombre en su verdadera grandezza, ocupando en la escala de la creación un lugar inmediato al de los Angeles. Pero ¿qué hace el lujurioso? Declara la guerra á Dios, convierte las maravillas divinas en instrumento de sus desórdenes, arroja su alma en el lodazal del vicio y se coloca al nivel del jumento y del mulo que no tienen inteligencia.

¿Podreis concebir que el hombre se aborrezca á sí mismo hasta el extremo de arrojarle voluntariamente al abismo de tamaña degradación? Y sin embargo ahí teneis al hombre postrado de hinojos ante el ídolo infame de sus brutales pasiones: ahí le teneis gritando como un loco en medio de su abyección y envilecimiento: *Comamos y bebamos que mañana moriremos. Coronémosnos de rosas antes que se marchiten y saciemos nuestro apetito en los floridos prados de la lujuria.* Grito impío, inmoral y execrable que si no sale de todas las bocas, escápase del seno de nuestras depravadas costumbres.

Sí, señores; á la pasión, pero á la más infame de las pasiones está rindiendo vasallaje esta generación afeminada; al vicio, pero

(1) Padre Felix confer. sobre el pecado original.

al mas degradante de los vicios están consagrados como altares los corazones. ¿Y qué ha de suceder cuando el hombre se coloca voluntariamente bajo el tiránico dominio del demonio de la lujuria? Que en poco tiempo consume y disipa, como el hijo pródigo, toda su legitima, que le deforma y destruye todos los ornamentos ó bellezas de su naturaleza. *Consumpsit omnia naturæ ornamenta.* «El deleite tiene un no se qué de corruptor y enervante que lleva la muerte callada y escondida.» (1) *Ignis est usque ad consumptionem devorans, omnia eradicans genimina*, ha dicho Job: Fuego que devora todos los dones de naturaleza y de gracia; fuego que arranca del corazon humano los gérmenes de todas las virtudes.

Z. M.

(Continuará.)

VARIEDADES.

LA PLAYA.

I.

En el punto mas ancho del canal de la Mancha á orillas de un arroyuelo que corre á dormirse en la arena fina, cansado de bajar de la colina sobre las lisas piedras.

Allí, desde el tiempo de los celtas ha

(1) Donoso Cortés, «Ensayo.»

venido á asentarse una hermosa aldea, con la cabeza en la roca, los piés en las arenas, los brazos y el cuerpo en las hierbas y en los rosales.

¡Oh celtas! ¡Oh gentes de gustos, que supisteis encontrar en aquel sitio verdes campos, cubiertos de geraneo, arena virgen, bosques de álamos, rocas graníticas, colinas cubiertas de hayas y robles.

Y se dijeron: ¡Quedémonos aquí; viviremos de la mar, de los bosques y de los campos; la brisa oreará nuestras frentes, y las ayas nos prestarán su dulce sombra!

Forman un pueblo pacífico y vigoroso, que no ha degenerado. Los hombres son valerosos surcando el mar y valerosos abriendo surcos en la tierra; las mujeres son hermosas y modestas.

Cuando llegó la cruz, su amor la colocó sobre un campanario mas alto que la mas alta mole granítica, mas alto que el aya mas alta que se levanta en la colina. Se la ve desde el mar, se la ve desde el campo.

¡Oh cruz, ave!

Cuando la tempestad de 1793, á los abogados que querian derribarla les dijeron: no la toqueis, y la aldea entera se presentó á defenderla.

La iglesia es vieja por fuera y nueva por dentro. Allí están Santa Ana, San José, San Joaquin y otros muchísimos santos; el altar mayor tiene candeleros de oro y flores de plata, y la Virgen del Mar diez mantos de encaje.

Todos los domingos y fiestas la iglesia está llena y se cantan himnos como en el paraíso; las campanas se oyen á dos

leguas de distancia; el cura no descansa ni un momento.

Dios sea alabado.

El cura les dice:

«Hace cincuenta años que estoy entre vosotros. He casado á los mas viejos, he bautizado á los demás, he rezado por vuestros parientes difuntos, á quienes no habeis conocido ¿Quién no acudirá á la Mesa Santa las fiestas de la Virgen?»

Y los Lobos de mar que han dado la vuelta al mundo, los soldados de Sebastopol y Magenta van á confesarse, y hasta el escribano y hasta el médico que han estado en París son buenos cristianos.

No hay usuras, no hay tristes historias, ni ricos devorados por la avaricia, ni pobres roídos por la envidia y el odio.

Lleno de confianza, el marino se embarca para Ultramar dejando á su jóven esposa bajo la guardia de la Virgen. La mujer trabaja y reza esperándole, y el ángel del honor y del hogar vela sin alarma con la espada al lado.

II.

La señorita Felicia.—¡Qué de figuras originales y encantadoras he visto allí! Allí he conocido á la señorita Felicia, una jóven de veinte años que nada como un pez, que corre de noche por las arenas, que hace flores de conchas y que no ha leído sino la vida de los santos.

Es hermosa, es alegre, canta constantemente. Su casa la pertenece; tiene tierras y tiene tambien rentas. Los novios se han presentado.

Señorita Felicia, ¿por qué está Vd. soltera? Sobre la arena de la playa es cómodo y dulce apoyarse en el brazo de

un marido; por lo demás, la vida de los santos es un hermoso libro.

—Canto cuando oigo cantar al mar; cuando le oigo llorar, floro. En la playa me gusta pisar la arena que el mar ha lavado, y sólo sobre la arena virgen me gusta contemplar en el cielo las estrellas vírgenes que sólo para mí brillan. Lo que me dice el mar alegre ó furioso, lo que me dice la arena que ninguna planta ha hollado, lo que me dicen las estrellas brillantes, lo oigo en mi corazón y en mi corazón respondo. Pero si hay alguien cerca de mí, el mar pierde la voz que á mí me agrada. La arena virgen protesta contra el pié que la huella al lado del mío, y los rayos divinos de las estrellas no caen tan dulcemente sobre mi frente ni penetran tan profundamente en mi corazón.

La voz humana no me permite leer la vida de los santos, y mi misma voz, si leo alto, disipa el perfume que exhala el libro. Perfume del silencio, suave como la flor de la mañana, fuerte como el del mar en las altas mareas.

Hace mucho tiempo que elegí mi esposo; habita las olas y toma su voz sonora, habita en los cielos, y el fulgor de las estrellas refleja su mirada.

Sobre la arena virgen, mis ojos reconocen las huellas de sus pasos, y veo sus sonrisas en las flores que se abren. Como reina recorro el dominio de mi rey, y los ángeles están conmigo y no necesito que nadie me proteja.

Los santos me enseñan á amarle. Aquí es donde lo he conocido. Esta mar, estas rocas me han hablado de él y le he visto en estos arenales.

Quiero morir aquí. El camposanto está situado al pié de la colina de granito, y las tumbas humildes son oreadas por la brisa del mar y acariciadas por la casta luz de las estrellas.

Jóvenes que os dejais seducir por un sueño mentiroso, que os apasionais por un objeto perecedero y por una dicha que no existe; vosotras sois, las que no sabeis amar, ni conoceis la embriaguez del amor.

III.

La Yaguina.

Os presento la Yaguina, que tiene ya 72 años, y que marcha tan gallardamente como su alta cofia de blanca tela, con la que juega el viento.

—Yaguina, llevais los años como echais las redes, cuanto más cogéis, más contenta estais.

—No, no: se cogen los peces; pero los años vienen como las penas. Los peces se dejan en el mercado; pero las penas y los años hay que llevarlos, y pesan sobre el corazón. Dios me ha dado fuerza, ¡bendito sea! pero me ha dado también en que emplearla. Llevo sobre mi ocho ataudes; es una carga pesada.

Y más de una vez, sola, á la orilla del mar, me he sentado para enjugar el sudor del corazón que me salía por los ojos.

He tenido doce hijos, y los he criado con el trabajo de su padre y del mío. Ocho de ellos, cinco hijos y tres hijas, se me han muerto.

El mayor, Juan María, se hallaba en el Seminario, y se enganchó de soldado para traer pan á su casa en una enfermedad de su padre. Ha muerto.

Francisco y Corentino no han vuelto

de Terranova; su hermano Guillermo no ha vuelto de Argel; Magdalena ha muerto viuda.

María era la más hermosa de la comarca, y se la presentaban los mejores partidos, y ella decía: He dado ya mi corazón.

—¿A quién se lo has dado, María?

—Dejad que crezca mi hermanita Juana, porque cuando crezca, cuando yo no sea necesaria en la casa, entonces aquel á quien amo vendrá á llevarme.

—¿De donde vendrá, María?

—Vendrá del cielo.

—¿Quieres morir, María?

—No pido la muerte, pero sólo quiero vivir para Jesucristo, á quien me he prometido.

Ya nuestra Juana ha crecido, y es casi tan dulce y guapa como María, y María me dice: madre, se aproxima el momento; rezad, porque será duro.—El sacrificio está hecho.—Madre, no me comprende usted, aquel á quien amo tanto, no me ama menos y me llama, me llama!

Un mes despues, con la sonrisa en los labios, nuestra hija murió.

—¡Señor Dios, perdónadme sil murmuró, pero Juana empezó á palidecer.

—¡Oh, María!—decía Juana frecuentemente.

Al cabo de un año, parecida en todo á María, se me fué Juana, como ella, diciéndome: El cielo es más hermoso que la tierra. Y desde aquel tiempo tengo los ojos enrojecidos de llorar, y á veces no hay tanta amargura en el mar como en mi corazón.

Nos quedaba nuestro Benjamin, el último nacido, un machacho fuerte y vale-

roso de diez y seis años; el que mas se parecía á sus hermanos perdidos.

Le vi morir en el mar, en una tempestad, á la vuelta de la pesca; yo estaba en la playa, y con mis propios ojos vi hundirse el barco.

Todo pereció, y la mar no nos devolvió ni una vela, ni una tabla, ni un cadáver. La mar nos alimenta, pero nos hace pagar caros los alimentos.

Pero dije al mar: yo te obligaré á devolverme el cuerpo de mi hijo, y con todo el pueblo hice una novena á la Virgen.

¡Señor, Dios, por las lágrimas de la Virgen ordena á tus olas que tengan piedad de una pobre madre!

Fué preciso obedecer, y las olas me trajeron intacto el cadáver de mi Benjamín.

Le enterré con mis propias manos. ¡Ah! si las lágrimas son un bálsamo, jamás se podrá aquel cuerpo. Se halla en el campo santo cerca de sus hermanos, su padre y yo estaremos cerca de él y cerca de ellos Juan, Juana, Benjamin, Maria.

Sí, soy fuerte y tengo alientos, pero bien los necesito para llevar tantos recuerdos. ¡Dios me ha tratado con misericordia!

Este año mi marido y yo celebraremos las bodas de oro; nos casamos hace cincuenta años, y he nos vivido juntos con paz completa todo ese tiempo.

Nuestra vejez es fuerte y valerosa, y aun nos permite el trabajo. Los hijos que nos quedan son honrados, y nada nos falta. Pero con todo eso, no puedo mirar al mar sin pensar en Benjamín.

Y cuando oigo llamar Juana á una niña, se extremece toda mi sangre, y si se la llama Maria, apreso el paso y siento mis ocho ataúdes sobre las espaldas. Y apenas estoy sola, me siento y lloro.

¡Adios, adios! ¡Si teneis hijos, que Dios os los conserve! En cuanto á mí, no tengo la prudencia de mi edad, y para un dia de mar gruesa he hablado demasiado.

LUIS VEUILLOT.

A propósito del desafío.—Un dia, uno de los ayudantes del czar Nicolás, arrojándose á sus piés, le dijo:

—Señor, suplico á V. M. que me deje batir en duelo.

—Jamás, contesta el emperador, á quien horrorizaba el desafío, que castigaba con la mayor severidad.

—Señor, estoy deshonorado, y tengo que batirme.

—¿Cómo es eso?

—He sido abofeteado delante de mucha gente.

—¡Ah! replicó el czar, frunciendo el entrecejo. Pues bien, no se permite que te batas; pero ven... ven conmigo. Y cogiéndole del brazo le llevó ante su Corte, y allí abrazándole, le besó la mejilla abofeteada.

—¡Vete ahora tranquilo, le dijo; tu afrenta está lavada!

COLECCION

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas⁴ en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.